

Cuatro Hojas que sintetizan la vida y obra de la Venerable Madre Teresa Toda en el bicentenario de su nacimiento.

UNA VIDA PUEDE TRANSFORMAR MUCHAS VIDAS

<p>Hacia el Bicentenario de la Venerable Madre TERESA TODA Y JUNCOSA</p>  <p>SALIÓ EL AMOR A SEMBRAR...</p>  <p><i>Nacida para dar vida a los más pequeños</i></p> <p>HERMANAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ</p>	<p>Hacia el Bicentenario de la Venerable Madre TERESA TODA Y JUNCOSA</p>  <p>EL AMOR VELABA EN SILENCIO...</p>  <p><i>No estaba sola en la noche</i></p> <p>HERMANAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ</p>	<p>Hacia el Bicentenario de la Venerable Madre TERESA TODA Y JUNCOSA</p>  <p>EL AMOR ENSANCHÓ SU CORAZÓN</p>  <p><i>Aprendió a amar y el dolor se volvió ternura, compasión</i></p> <p>HERMANAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ</p>	<p>Hacia el Bicentenario de la Venerable Madre TERESA TODA Y JUNCOSA</p>  <p>EL AMOR LAS TRANSFORMÓ EN TEJEDORAS DE ESPERANZA</p>  <p>HERMANAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ</p>
<p>1. <i>La vida que se acoge, se cuida y se agradece</i></p>	<p>2. <i>La noche que se atraviesa acompañados por una "Presencia"</i></p>	<p>3. <i>La herida que se transforma en don</i></p>	<p>4. <i>Los herederos del Amor al servicio de los más frágiles</i></p>

1

La tierra donde Dios, el Amor, salió a sembrar...

Riudecanyes no era un lugar idílico al inicio del siglo XIX.

Era un pequeño pueblo catalán herido de inseguridad, pobreza y tensiones propias de un tiempo golpeado por la guerra y la incertidumbre. La vida se sostenía con esfuerzo, con trabajo diario, sin demasiadas garantías para el futuro.

Y, sin embargo, fue ahí donde Dios quiso colocar la semilla de una vida llamada a custodiar la vida de otros.

Dios eligió una tierra real, herida y fecunda a la vez. Sembró en la historia tal como estaba y, dentro de ella, puso el germen de la transformación. No esperó condiciones ideales: entró en la realidad concreta y desde dentro comenzó su obra.

En esa tierra concreta, Dios empezó, silenciosamente, su proyecto de amor.

*Tu vida también comenzó
con capacidad para amar*

en un hogar donde se custodiaba la vida...

No fue una familia sin dificultades. Hubo pérdidas, tensiones y sufrimientos. Fue una casa sostenida por el trabajo diario, la fe vivida sin ostentación y la constancia silenciosa de una mujer fuerte: la madre.

Magdalena Juncosa, viuda muy joven de José Toda, fue capaz de proteger a los suyos, renunciar a sus propios intereses cuando fue necesario, y perder posesiones sin amargura para salvaguardar la paz y el futuro de sus hijos. Supo sostener la vida sin endurecer el corazón, defender lo justo sin dejarse arrastrar por el conflicto y perseverar sin ruido. Su fe la sostuvo.

Y, en ese clima doméstico, Dios fue formando en Teresa Toda y Juncosa un corazón fuerte: un corazón capaz de acoger, de resistir y de permanecer fiel, entrenado en lo pequeño, en lo cotidiano, en el amor que se expresa más con hechos que con palabras.

Allí, en la escuela sencilla del hogar, la semilla echó raíces profundas.

*Cuando descubres que alguien
te quiere, tu corazón se hace fuerte
y aprendes a amar.*

empezó a germinar una semilla escondida

Teresa Toda llevó una vida sencilla, sin rasgos extraordinarios. Fue una joven del pueblo, hecha de tareas comunes y cotidianas, de servicio y fidelidad a lo pequeño.

Aprendió a ayudar, a callar cuando era necesario, a sostener sin ser vista.

Nada parecía anunciar una misión singular.

Y, sin embargo, en lo escondido, Dios iba trabajando y, la semilla, ... no hacía ruido al germinar.

*Aprendes a amar en el día a día,
en gestos sencillos
como: ayudar, cuidar y agradecer.*

Una invitación

- a reconocer que tu vida importa
- a agradecer a quienes te han cuidado y te quieren
- a cuidar la vida que te rodea y a dar pequeños pasos en el amor

La semilla está ahí.

**El mañana se prepara, muchas veces,
en silencio.**

La vida de Teresa Toda no fue fácil.

Su matrimonio se rompió.
Hubo humillaciones, dolor, abandono.

Quedó sola con su hija pequeña y con su madre, la abuela Magdalena, que fue, para ella, la Providencia de Dios.

No fue viuda ni fue esposa.
Era una mujer señalada, en un tiempo que no entendía ni aceptaba la separación matrimonial.

La noche no pasó rápido. Se alargó.

Fue una noche de muchos años:
soledad, pobreza, falta de apoyos, desconfianzas... una vida orillada.

Pero Teresa no se endureció.

Aprendió a caminar en la oscuridad.

**¿Has vivido alguna noche
que parecía no terminar?**

*Tu historia, incluso con las heridas,
no está fuera del corazón de Dios.*

En medio de la noche, Teresa Toda experimentó que no estaba sola.

No era ella quien buscaba a Dios.
Era Dios quien se hacía presente.

No tenía apoyos humanos.
Pero se experimentaba sostenida por Dios.

En la Eucaristía sentía con más fuerza esa presencia. Después de comulgar, su corazón se llenaba de paz y de fuerza.

La llamada fue creciendo poco a poco, sin ruido, sin señales extraordinarias.

Una certeza interior que volvía una y otra vez.

Dios no le quitó la noche.
Se quedó con ella en esa oscuridad.

Y eso fue suficiente para seguir caminando.

**En tu oscuridad, ¿te has sentido
alguna vez acompañado/a?**

*Dios no siempre quita la noche,
pero nunca se retira.*

El dolor no fue el final.

La noche fue transformando el corazón de Teresa Toda. La hizo más humilde, más compasiva, más libre.

De su propia herida comenzó a nacer una nueva manera de amar..

Descubrió a las niñas solas,
las que no tenían hogar,
las que nadie defendía.

Entendió que su vida podía ser abrigo para otras. Y la entregó.

Sin dinero.
Sin seguridades.
Confiando solamente en Dios.

La noche no la encerró en sí misma.
La abrió a los demás.

Y lo que parecía fracaso se convirtió en un corazón más libre y confiado.

**¿Puede tu herida convertirse en
luz para otros?**

Toda vida tiene un propósito de amor.

La tuya también.

La vida de Teresa Toda quedó marcada por una herida profunda: el maltrato, el abandono, la fragilidad compartida con su hija.

No fue una historia ideal ni protegida. Fue una experiencia de dolor real, que alcanzó lo más hondo de su existencia.

El sufrimiento no la dejó intacta. Como ocurre a tantas personas, el dolor pudo hundir a Teresa, pudo aislarla o endurecerla.

Pudo haberla dejado atrapada en sentimientos de culpa o en la sensación de que todo le superaba.

El dolor estaba ahí y hacía daño.

Era un dolor sin explicaciones fáciles, sin salidas rápidas.

Teresa Toda y Juncosa no negó su dolor ni lo escondió.

Con el paso del tiempo aprendió a vivir con él a aceptarlo, acompañada por una Presencia mansa y cercana que fue tomando rostro en Jesús:

amor fiel que no abandona, apoyo firme en la fragilidad, consuelo que no adormece, sino que impulsa.

En esa relación, algo fue cambiando por dentro. No se le quitó la herida ni desapareció el sufrimiento, pero ya no estuvo sola con él.

El dolor dejó de ser solo peso. Acompañado, empezó a transformarse.

Así, su corazón se fue ensanchando: creció la compasión, la capacidad de comprender el sufrimiento ajeno, la ternura que nace de quien ha sido herido y sostenido.

La herida no se borró, pero atravesada por el Amor, Teresa sintió el deseo de dar vida, de sanar las heridas de otros

Desde esa experiencia, Teresa Toda comenzó a reconocer, en sí misma, el sufrimiento de la mujer, la realidad del dolor que tantas otras niñas, como su hija, vivían.

Al descubrirlo, comprendió que su vida podía convertirse en nido: un lugar donde otras niñas se sintieran acogidas, protegidas y amadas.

Las huérfanas dejaron de ser solo una realidad dolorosa para convertirse en lugar de revelación de su vocación: allí entendió que su vida estaba llamada a ser hogar.

Lo que fue fracaso, dolor, sufrimiento se transformó en fuente de entrega, de cuidado, de vida para los más débiles.

También Teresa Guasch, su hija, creció desde esa misma raíz herida y transformada.

Juntas, madre e hija, ofrecieron una vida que se hizo don para los más pequeños.

El dolor no tuvo la última palabra. El amor ensanchó el corazón y lo convirtió en hogar.

¿Qué hace en ti el dolor?

¿Te encierra o te ensancha el corazón?

¿Te detiene o te impulsa a comprender y cuidar a otros?

4

Un solo don que se hereda

La vida entregada de Teresa Toda y Teresa Guasch no quedó encerrada en su tiempo.

Lo que nació como herida transformada en hogar, se convirtió en obra compartida.

Otras mujeres fueron llegando atraídas por el mismo Amor, aprendiendo a custodiar la vida de los más débiles y pequeños

La misión dejó de ser historia personal para hacerse camino común.

**La historia no está cerrada. El tejido sigue abierto. La copa aún tiene espacio.
¡Sigamos juntos tejiendo esperanza!
Nuestras Madres nos preceden y nos señalan la meta.**

Tejedoras de esperanza

Teresa Toda y Teresa Guasch aprendieron, en su propia historia, **una manera concreta de acompañar la vida** marcada por la cercanía, la entrega de la propia vida, vivida sin reservas, el servicio humilde y generoso y la confianza sencilla en la Providencia.

No lo aprendieron en libros, sino en la vida: escuchando el dolor, esperando cuando no había certezas, confiando- en Dios, en ese Misterio que sostiene la vida - cuando los recursos no alcanzaban.

Ese modo de vivir y de cuidar fue pasando de unas a otras. Se hizo herencia compartida.

Quienes llegaron después aprendieron a caminar juntas, a sostenerse mutuamente, a fiarse de que Dios siempre actúa en lo pequeño y en lo frágil, aunque no siempre se sepa ver. Así, con esa certeza, se formó la familia de Hermanas Carmelitas Teresas de San José

La esperanza no se improvisó, no fue un periodo pasajero: se fue tejiendo, de manera sencilla, con hilos de entrega, de confianza y de fidelidad a la vida confiada.

Una herencia abierta y compartida

La herencia recibida no quedó guardada entre muros.

La fortaleza nacida de la prueba, la entrega de la propia vida vivida sin reservas, el servicio humilde y generoso y la confianza sencilla en la Providencia fueron ensanchando el horizonte.

Esa manera concreta de vivir y cuidar la vida empezó a atraer y a convocar a muchas personas que quisieron compartir ese mismo espíritu y misión acompañando y educando en centros educativos, casas-hogar y espacios de acogida fraterna.

Se formaron también Fraternidades Carmelitanas, integradas por laicos y laicas que, desde su propia vocación, quisieron vivir y transmitir este mismo carisma en comunión con la Iglesia.

Así la obra se abrió. El don se fue compartiendo. La esperanza se multiplicó.

La herencia de las Madres sigue hoy tejiéndose al servicio de la vida más frágil, como una copa abierta que acoge y ofrece vida nueva.